

## LA CASA SVENSON

*-Me alegro de que hayas venido -dijo Chalmers.*

*Los perros de Tíndalos, de Frank Belknap Long*

Legué a Antonville en un destartalado tren justo a las ocho de la mañana, nadie más se apeó. La casa de Luis Svenson se encontraba a media hora andando. Según el mapa debía coger un camino a mano derecha nada más salir de la desierta estación. El pedregoso camino estaba flanqueado a ambos lados por altos árboles con las ramas retorcidas, y a lo lejos, por montañas escarpadas. En pocos minutos dejé el pueblo y sus contadas casas que parecían muy antiguas, coloniales, por no decir abandonadas hacía tiempo. El camino se fue empinando poco a poco, dejando ver terraplenes muy profundos, donde una caída sería fatal. La mochila me pesaba demasiado, y el sol se hacía notar considerablemente. Tras poco más de treinta minutos de ascensión, pude divisar la casa en la ladera de una erosionada montaña, mucho más antigua que las demás. También la casa parecía más vieja que las del pueblo, lo que ya era decir, y estaba en estado casi ruinoso.

Luis Svenson era noruego, o mejor dicho, sus antepasados, llegados a América para hacer fortuna. Era el único de su estirpe con vida, pero ya era muy mayor y estaba enfermo de consideración. Había yo conocido a su difunto hijo Cornelius Svenson, muerto en accidente de automóvil muy recientemente. Su padre me había escrito una carta comunicándome su deseo de legarme su casa y una pequeña fortuna de dos mil dólares, a cambio de pasar con él sus postreros días. Acepté por encontrarme en paro y por lo tanto necesitar dinero, y por la memoria de mi desaparecido amigo.

En frente se veía más deteriorada todavía. Era de estilo colonial, con el tejado del cuerpo principal picudo. La puerta de madera carcomida no tenía ni timbre ni aldaba alguna. Golpeé con los nudillos de una mano con mediana fuerza. A los pocos segundos de insistir de nuevo con mayor énfasis, una cascada voz me dijo: ¡Voy, ya abro! A continuación se oyó el chirriante sonido de un oxidado pestillo al desplazarse lentamente. La pesada puerta se abrió para adentro con un prolongado sonido rechoncho. A pesar del soleado día, rodeado de penumbras se me presentó la delgada figura de Luis Svenson. Mediría casi dos metros. Sus canos cabellos le caían hasta los encogidos hombros. Vestía ropas de labriego, y calzaba zapatillas de esparto. Tenía unos grandes ojos oscuros hundidos y caídos en las secas mejillas.

-¿Es usted Stuart Freeman? - me preguntó llegándome un aliento nada reconfortante, teniendo la arcada cercana en la boca.

-Sí, yo soy. ¿Es usted el señor Svenson?

-Le estaba esperando. Pase usted - me hizo un gesto con su largo y fino brazo derecho, el cual me pareció terminar en una afilada garra.

Dentro las oscuridad era casi predominante, y un terrible polvo me hizo estornudar varias veces seguidas.

-No se preocupe, levantaré las persianas y abriré las ventanas - me dijo casi oculto en aquellas tinieblas nada tranquilizantes.

Aunque solamente abrió un par, la luz que entró por ellas me cegaron durante unos interminables segundos. Cuando pude ver con meridiana claridad, me invadió una tremebunda sensación de ahogo visual, pues todo allí estaba patas arriba y con una gruesa capa de polvo. El aspecto del señor Svenson era todavía más reprobable de lo atisbado anteriormente. Medio encorvado, el rostro arrugadísimo y lleno de granos supurantes, las ropas llenas de huellas de grasa incrustada hacía muchos días.

-Seguramente tenga apetito - me dijo babeando por las comisuras de la agrietada boca -. En la mesa de la cocina tiene varias viandas y vino de Oporto.

-Gracias, pero no tengo hambre - decliné el ofrecimiento, por temer acabar vomitando, a pesar de mi hambruna.

-Entonces estará cansado. A su derecha tiene su habitación, esperando sea de su agrado.

-Sí, dejaré allí mi equipaje - por lo menos estaría más ligero y sobre todo solo, dilucidando si iba a salir corriendo a no mucho tardar.

-Charlaremos en la comida, cuando den las dos del mediodía. Si necesitara algo, en la mesilla tiene una campanilla. Que descanse.

-Gracias -dije cerrando un momento los ojos. Cuando los abrí, el señor Svenson ya no estaba, sólo su mal olor permanecía indeleblemente.

No había puerta. El dormitorio era espacioso, con una amplia cama con cortinajes y muy antigua. Las paredes estaban pintadas de blanco, aunque con el paso del tiempo habían pasado a ser parduscas por la contenida suciedad que impregnaba toda la casa. La mesita era de madera repujada con dos cajones vacíos que encajaban mal por la mugre. También había una estantería con mohosos volúmenes de los que no quise saber los temas que trataban. Como en toda la casa, el suelo era de madera, y en estado de pudrición, con peligrosos hoyitos. Además había un asqueroso armario vacío, dejando allí la mochila. Me tumbé en la cama, que a pesar de la mierda que tenía, era muy cómoda. La casa no valía ni un par de míseros dólares, en todo caso el terreno valía mucho más. Temía que se me viniese encima en cualquier momento, pues crujía por los cuatro costados. Estuve en un tris de salir pitando. Pero aguanté con valiente estoicismo.

Debí quedarme dormido durante prolongadas horas, pues al despertarme, vi a través de la pringosa ventana llena de birriagos, los iluminantes rayos de una gigantesca luna llena. Espantado salí a la sala principal. Una lámpara colgada del techo con acechante aspecto de araña, iluminaba con su mortecina luz la amplia estancia. Curiosamente el polvo reinante ya no me afectaba en absoluto.

Tiré de frente donde otro marco sin puerta comunicaba con el otro ala de la casa. Aparecí en la cocina, con un gran fogón y una larga y blanca mesa, con un cubierto preparado con tres platos, los cuales estaban tapados con pañitos enroñados. Lo que había sido mi comida, y ahora cena. Como tenía tanta hambre, destapé un plato, y en él reposaba la cabeza asada de un repulsivo cochinitillo con su ojos aún escrutadores. No quise ver más, mi mente se negaba en redondo. Cuando me giré, vi una puerta que anteriormente no había visto, casi camuflada en la pared. Deben excusar mi falta de narrativa literaria y de descripción de lugares, aparte que no recuerdo muchos detalles. Cuando la abrí, tirando de un pomo ennegrecido y grasiento, me asaltó el inconfundible hedor de la descomposición de la carne. Era el dormitorio de mi anfitrión, similar al mío. Estaba tendido en la cama cuan largo era, ya con la cara amoratada; tenía los brazos cruzados. Sobre la mesilla había unas hojas manuscritas por su propia mano. Las cogí con premiosidad y salí velozmente, sentándome en un sillón de la sala principal, y leí aquellas líneas torcidas por un pulso incontrolable:

“En realidad llevo muerto desde hace más de un mes, cuando mi hijo aún se encontraba entre los vivos. Merced a la autohipnosis me he mantenido en pie todo este tiempo hasta su llegada. Mi hijo me habló mucho de usted, su único y verdadero amigo. Cuando murió me quedé, por así decir, como último representante de mi familia, a la cual siempre le acompañó, digamos que la mala suerte. Accidentes de coche, ahogamientos, asesinatos, naufragios, suicidios... Hace mucho tiempo, esta casa fue la envidia de toda la comarca, pero la desgracia se cebó con mi familia. Fue cuando comencé a visitar brujos y a leer libros prohibidos como el *Perversus* del farmacéutico asesino Andreas Listen Von Erdem, o el *abominación* del malvado clérigo Augustus Renat. Hasta que en el tomo llamado *Vulpes rosae* del nigromante Elvirus Mesifae, leí una invocación a Mefistófeles para venderle mi alma a cambio de tranquilidad para mi restante familia. Todo fue bien durante unos placenteros años, hasta que una noche tormentosa se presentó en mi dormitorio el propio Mefisto, pidiéndome un familiar a elegir para llevárselo al otro mundo como compensación a sus favores. Le contesté que ya tenía mi alma, pero me dijo que ya no era suficiente. Me negué a ello y me torturó con horribles imágenes para que cediera, pero seguí negándome a darle un

nombre. Creyendo derrotarle, se marchó cual humosidad por los poros de una pared. Pero desde un principio había jugado conmigo, pues al día siguiente mi hermana soltera Suzanne enfermó de extrañas fiebres y tuvimos que enterrarla una semana después. Tras su sepelio en el cementerio de Antonville, llegué a casa enfurecido golpeando las paredes, y justo al fondo de la sala principal cedieron unos ladrillos de la pared. Rompí más hasta poder acceder por el boquete, terminando en un gran pasadizo secreto que daba a una gran cámara, una cueva con anticristianas decoraciones, sepulcros con verdosos vahos y otras obscenidades. Pensé que sin duda allí residía el motivo de mis desgracias y de las de mi familia. Como había vendido mi alma no pude hacer nada para destruir aquel santuario de Infinita Malignidad. Usted es mi postrera posibilidad de limpiar esta casa. Se lo pido encarecidamente por la memoria de mi hijo, su amigo. Y ya libre de todo Mal será suya, y podrá hacer con ella su voluntad. No dudo que saldrá victorioso.”

Nada más acabar de leer estas abyectas palabras me entraron sudores helados y un temor inenarrable. Salí corriendo tras soltar las hojas en pos de salir por la puerta principal y volver a coger el tren de vuelta. Pero no pude abrirla de ninguna manera. Lo intenté por las ventanas, pero no pude abrirlas ni romperlas como si los cristales fuesen de hierro forjado. La malignidad de la casa me había atrapado inmisericorde. Así pues no tenía otra alternativa que acabar con la maldad que impregnaba la casa y la fatalidad de los cuerpos que la habían pisado, como era mi caso. ¿Pero cómo hacerlo? No tenía instrucciones para llevarlo a cabo. Estaba perdido, condenado a prisión de por vida. Sólo me quedaba acceder por el supuesto muro desladrillado y una vez dentro improvisar.

Efectivamente el señor Svenson tenía razón, allí estaba la oscuridad, la perturbadora entrada a la cueva malhechora. Antes de adentrarme por el corredor me hice con una lámpara de petróleo mano en ristre justo en la entrada, en el suelo posada, como dejada allí adrede. El pasadizo era ancho, de unos cuatro metros de ancho. La humedad era espantosa, pero seca, y olía con un perfume indefinido, ni a podredumbre ni a fragancia de flores. El suelo era algo resbaladizo, y me lo imaginé bañado por la sangre derramada de los Svenson. Tras aproximadamente unos trescientos metros, el túnel se abrió a los lados, la entrada de la cueva se me reveló iluminada por innumerables antorchas. Avancé con suma cautela, muy acongojado. Era tal y como lo describió el fallecido Svenson, de una ominosidad inconcebible. Estaba lleno de antiquísimos sepulcros enmohecidos con inscripciones en un idioma desconocido, distinto a todo aquel hablado u olvidado sobre la faz de la Tierra. Se diría que garabateados por las uñas de un ser o seres imposibles. Las paredes tenían

dibujadas escenas imposibles de clasificar, con dibujos seres que se me antojaron marinos y desconocidos para cualquier científico puesto al día. Intenté abrir una tumba, y su tapa no resistió mis fuerzas, pues su peso era ciertamente nimio. Dentro no había cuerpo alguno, sino una serie de engranajes oxidados. Los cinco siguientes ocultaban más ruedas dentadas en mutuo contacto. La lámpara agotó su carga de petróleo y se fue extinguendo su luz mortecinamente. Intentando explicarme aquella maquinaria antediluviana, me vi de repente rodeado de diez hermosas mujeres completamente desnudas, pues iban vestidas con túnicas blancas transparentes cuales excitantes sudarios. Sus alientos eran del aroma de la perdición, de éxtasis mortuorios. No caí en tan banal y pecadora tentación y las hice retroceder formando el signo de la cruz con los dedos índices. Desaparecieron como humosidades por los poros de la cueva ahora más iluminada que nunca. Continué abriendo sepulcros con más engranajes. Pero uno de ellos contenía una serpiente pitón que esquivé de puro milagro cuando se lanzaba a mi cuello. Cuando le lancé la tapa desapareció como anteriormente hicieron aquellas zorras del averno. Llegué al final de la cueva y me quedaban dos tumbas por abrir. Cuando me disponía a quitar la penúltima tapa, unos atroces lamentos de torturadas almas me asaltaron los oídos y tuve que tapármelos con ambas manos. De una patada lancé la tapadera de la tumba un par de metros volando por el aire viciado. Cuando retiré las manos, el silencio volvió a envolverme. De nuevo más engranajes. Al destapar la última tumba surgieron dos palancas de podrida madera cada una atornillada a una rueda dentada semienterrada por lo que parecían ser frescos guiñapos de carne ensangrentada. ¿Debía mover ambas o sólo una de ellas? La de la izquierda estaba más lejos, y la de la derecha más cerca, en todo caso posiciones relativas. Mientras decidía qué hacer, el suelo se hundió bajo mis pies, agarrándome con gran fortuna al borde del sarcófago. Tenía que pensar rápido subido allí, pues el suelo de la cueva se estaba llenando de peligrosos hoyos. Pensé, pensé, pensé enloquecido, pues cualquier fallo sería mi muerte. Entonces recordé la planta de la casa Svenson: gran sala central o principal, dos alas, de la sala central al fondo, la rotura de la pared, luego el pasadizo y luego la cueva oblonga. ¡UNA CRUZ INVERTIDA CON SU BASE O PEANA! ¡DEBÍA VOLVERLA AL DERECHO, COMO DIOS MANDA! ¡APENAS QUEDABA SUELO FIRME A MI ALREDEDOR! ¡ACCIONÉ LAS MAS ALEJADA DE LA ENTRADA PRINCIPAL! ¡LA CUEVA GIRÓ TRESCIENTOS SESENTA GRADOS EN DIRECCIÓN DE LAS AGUJAS DEL RELOJ!

La decoración de la cueva cambió drásticamente convirtiéndose en un santuario de imágenes de santidad, como si de una catedral se tratase. Muchos monjes realizaban sus plegarias obviándome, rezando sobre pilas bautismales que antes habían sido impuros sepulcros. Me santigué de

rodillas y me dirigí a la casa por el pasadizo donde unas monjas cosían hábitos y grandes sábanas. Ahora la pared rota era una puerta de madera ricamente decorada con imágenes de épicas batallas. Antes de pasar me giré hacia atrás y aquellas monjas habían desaparecido quedando un oscuro túnel. La casa parecía otra, nueva y aseada, como debió ser antaño. Entré en el dormitorio pero la cama estaba vacía sin rastro alguno del cadáver de Luis Svenson. Pero encima de la mesilla había unas escrituras, las de la casa, y al lado un cheque por dos mil dólares.

Feliz, la mar de contento, me dirigí a la puerta para salir de la casa, pero me fue imposible abrirla. La aporreé con violencia, a base de puñetazos y patadas. Se negó en todo momento. Fui a las ventanas y seguían pareciendo de hierro forjado. En mi desesperación me tiré al suelo y pataleando como un niño pequeño, maldije mi suerte. Creyéndome derrotado, recapacité y caí en la cuenta, tonto de mí. ¡LA CASA SE HABÍA DADO LA VUELTA! ¡LA SALIDA ESTABA AL OTRO LADO!

Salí por una abertura de la cueva, en lo más alto de la misma, y bendije la luz del sol, y el aire que movía mis cabellos. Cogí el tren aunque no tenía billete, porque no hubo quien me lo vendiera, pero no me hizo falta porque el revisor no pasó. Cobré el cheque. Encontré trabajo en un hotel como botones, y unos meses después invertí dinero en la bolsa, tuve ganancias e invertí mucho más, llegando a ser millonario, lo necesario para comprar el hotel. Nunca he vuelto a Antonville en estos treinta años que han transcurrido. ¿Por qué he narrado esta rara historia? No tengo ni idea para ser sincero. Tal vez haya sido un mero desahogo, o un pasatiempo sin más, o como un aviso a navegantes, por si algún día pasan por Antonville y en las afueras se encuentran con una montaña distinta a las demás, pequeña y erosionada, custodiando una casa con forma de cruz, a caso otra vez invertida o no. Sea como fuere, no entren en ella, déjenla en paz, con el alma de su último morador custodiada por ella, el padre de mi desaparecido amigo de juventud.